

# El punto de vista sobre mi actividad como escritor:<sup>1</sup> Tan sólo un punto de vista

*Dolors Perarnau Vidal*

¿Qué es entonces lo que ha sido revelado? *Nada en absoluto*, si la pregunta sobre la revelación es una pregunta sobre una doctrina, (...) sobre misterios que, cuando son comunicados, son conocidos de una vez por todas. *Pero todo*, en tanto que se le abren al hombre los ojos respecto de sí mismo y puede otra vez entenderse.

Bultmann, *Creer y Comprender*, III, 27, Tübingen, 1960.

## 1. Introducción

Como escritor, Søren Kierkegaard plasma su pensamiento de una manera indirecta en las obras firmadas con seudónimo, y de una manera directa en su *Diario*, los *Discursos edificantes* y las obras firmadas con su propio nombre. Esta ha sido la visión dualista de la producción kierkegaardiana a lo largo de los últimos años y hasta hace ahora algo más de una década. Por ello también en la producción kierkegaardiana se ha trazado una línea divisoria entre lo que se denominan obras de comunicación indirecta y obras de comunicación directa, siendo las últimas las fieles representantes del pensamiento kierkegaardiano y el criterio de interpretación para su lectura. Dicha división parece fundamentarse en las propias palabras de Kierkegaard en «Una primera y última explicación»: «Mi seudonimia o polinimia no ha tenido un fundamento *casual* en mi *persona* (...) sino uno *esencial* en la propia *producción* (...) Lo que he escrito es ciertamente mío, aunque sólo en el sentido de que le he puesto la productiva individualidad poético-real y que mediante la audibilidad de la réplica le he puesto en la boca su concepción de la vida. Pues mi condición supera la del poeta que *poetiza* personas a pesar de ser *él mismo el autor* en el prólogo. Yo soy justamente de manera impersonal o personal la tercera persona, un *souffleur*, el cual, poéticamente, ha producido *autores*, cuyos *prólogos* son nuevamente su producción, incluso sus *nombres* lo son. Es así que en los libros seudónimos no hay ni una sola palabra mía; no tengo opinión alguna si no es como tercero, ni

conocimiento alguno de su sentido si no es como lector, ni la más lejana relación privada con ellos, al ser imposible tener relación alguna con una comunicación doblemente refleja» (SV1VII, 545-546)<sup>2</sup>.

Mi interés con el presente artículo, sin embargo, no es tanto el de añadir argumentos en favor o en contra de la división anteriormente mencionada, a saber, comunicación directa e indirecta, sino el de señalar el equívoco que se ha producido a la hora de interpretarla. Relacionando comunicación indirecta y obras seudónimas se ha caído en la tentación de establecer también una relación entre comunicación directa y obras firmadas con el propio nombre. De esta manera se ha desplazado la autoría a los seudónimos, pero se ha seguido atendiendo a la firma de Søren Kierkegaard como si ésta fuese suficiente para identificar el nombre del escritor con la persona histórica<sup>3</sup>. Kierkegaard no estableció nunca una relación de este tipo. Es más, la constante dialéctica y seudonimia empleada en las obras no se lo permitirían<sup>4</sup>. Es por ello que, si Kierkegaard habla de comunicación directa, lo hace siempre en términos de comunicación, y no de autoría.

En *La dialéctica de la comunicación ética y ético-religiosa*, Kierkegaard define la comunicación directa como «método de comunicación de saber», en oposición a la comunicación indirecta que viene definida como «método de comunicación de posibilidad» (Pap. VIII<sup>2</sup> B 79-89)<sup>5</sup>. Asimismo, según Kierkegaard, el carácter «directo» de la comunicación dista mucho de decirse en relación a una autoría, pues es una estrategia discursiva que solamente adquiere interés en la comunicación. A pesar de ello, y en lugar de tomar los seudónimos como posible descrédito de la firma del autor, la división entre comunicación directa e indirecta se ha seguido interpretando como una división de autoridad, en la cual Kierkegaard toma distancia de las obras seudónimas y posición en las obras firmadas con su propio nombre.

En este contexto cabe decir que *El punto de vista sobre mi actividad como escritor* es una obra que dice ser de comunicación directa, en tanto que Kierkegaard firma como autor de la misma. De esta manera, y a diferencia de las obras de comunicación indirecta en las que la autoridad de Kierkegaard queda relegada a la multiplicidad de sus seudónimos, *El punto de vista* se presenta como una obra que goza de la autoridad del propio Kierkegaard para decir «de una vez por todas» y «lo más directo, abierto y preciso posible» «lo que el autor como escritor declara ser» (SV1 XIII, 517). El subtítulo de la obra es buena prueba de ello: «Una comunicación directa, relato para la historia (En ligefrem Meddelelse, Rapport til Historien)». *El punto de vista sobre mi actividad como escritor* qua texto es, pues, autoritario, en tanto que no se presenta como un texto más de Kierkegaard, sino como el texto de los textos,

el «meta-texto», en palabras de Joakim Garff, que da significado y sentido a toda la producción kierkegaardiana.<sup>6</sup> Siendo así, *El punto de vista* parece ser la llave que abre la puerta de todos los misterios del autor, la poción mágica que, de una vez por todas, nos convertirá en lo que en fatigantes horas de investigación kierkegaardiana soñábamos poder ser: poseedores de la obra de Søren Kierkegaard, y no tan sólo sus poseídos. Ésta fue su primera recepción y ha sido la interpretación vigente durante los últimos años<sup>7</sup>.

Ahora bien, antes de coger ingenuamente la llave y adentrarnos de lleno en el paraíso que promete, haríamos bien en preguntarnos por la existencia misma de tal paraíso, y no dejarnos embaucar de buenas a primeras por las grandezas que se nos anuncian. Es el propio Kierkegaard quien, a lo largo de sus obras, nos ha concienciado de que tal paraíso es demasiado divino para la condición humana. Solamente Dios tiene la autoridad para comunicar, a través de la revelación, una verdad absoluta y objetiva como la que *El punto de vista* pretende anunciarnos. De ahí que el ser humano no pueda obtenerla y tenga que conformarse siempre con el mero hecho de deseársela en el seno de los límites de su propia subjetividad. ¿Como encaja, entonces, esta enseñanza kierkegaardiana con el tipo de verdad que *El punto de vista* afirma comunicar?

No es ahora el momento de responder a esta pregunta, pues será más adelante donde intentaré, por medio del texto, darle respuesta. Pero sí es el momento idóneo para reclamar la diferencia, a veces desdibujada, entre lo que el texto *dice hacer* y lo que *realmente hace*. Es aplicando precisamente esta diferencia que surge en el seno de la propia obra una contradicción. Una contradicción que pone bajo sospecha la pretendida autoridad y privilegio que aparenta tener *El punto de vista* con respecto al resto de la producción:

Por una parte *El punto de vista* se presenta con el derecho de afirmar lo que realmente significa Kierkegaard como escritor: «El contenido de este pequeño libro afirma, pues, lo que en verdad soy como escritor, que soy y he sido un escritor religioso, que la totalidad de mi trabajo como escritor se relaciona con el Cristianismo, con el problema de hacerse cristiano, con una directa e indirecta mirada polémica hacia esa enorme ilusión, la Cristiandad, o hacia la ilusión de que, en un país como el nuestro, todos somos cristianos» (*SVI XIII*, 517-518). Pero, por otra parte, lo que realmente hace *El punto de vista* es denegar precisamente el derecho que anteriormente decía afirmar, de manera que lo que la obra dice hacer no sólo no lo hace, sino que, justamente al hacerlo, acaba haciendo todo lo contrario. Es por ello que la mencionada contradicción se presenta como una contradicción performativa del estilo de frases como «lo prometo: yo nunca hago prome-

sas» o «no me obedezcas». Si yo os prometo que nunca hago promesas, al prometéroslo estoy haciendo lo contrario de lo que prometo hacer. De la misma manera que si os digo que no me obedezcáis, al pedíroslo, pido lo contrario de lo que se suponía que pedía. Pues bien, la contradicción que surge en *El punto de vista* es del mismo estilo, ya que no radica en el hecho de que el texto tenga una intención que después no realiza, sino, más bien, en el hecho de que, al realizarla, realiza al mismo tiempo su contraria. En *El punto de vista* Kierkegaard *qua* autor se afirma como un «escritor religioso», pero resulta que todo lo que hace el autor para erigirse como tal no hace sino desautorizarlo, y cuanto más insiste, más patente se hace su no-religiosidad.

En la segunda parte de este artículo trataré de poner de manifiesto la mencionada contradicción, cosa que no significará concluir que Kierkegaard *qua* autor se contradice, sino, por el contrario, concluir que será en y gracias a la contradicción que Kierkegaard *qua* autor se corroborará. Cabe decir que una contradicción de este tipo surge sólo en base a una lectura de la obra hecha desde una concepción pragmática del lenguaje, en la cual sea posible entender el lenguaje no solamente en términos de referencia, sino también en términos de acción. El presente artículo lee *El punto de vista* desde esta perspectiva y postula que la acción del texto contradice su decir, en tanto que comunica una verdad que al mismo tiempo desautoriza.

De esta manera, la contradicción a la que nos expone *El punto de vista* se interpreta, aquí, como una estrategia discursiva más de Kierkegaard en su intento de demostrar, de manera performativa, que nadie – salvo Dios – puede tener la autoridad para comunicar directa y objetivamente una verdad, y que todo intento de hacerlo está previamente condenado al fracaso.

Así pues, y pese a las apariencias, *El punto de vista* tiene el mismo carácter indirecto que el resto de la producción seudónima, pues, lejos de imponer la verdad, acaba sirviéndose también de la *mayéutica* para disponer al lector hacia la búsqueda subjetiva de la verdad que comunica. A pesar de la firma del autor, *El punto de vista* acaba también haciendo realidad aquello que Kierkegaard decía ser su destino: «Parece ser mi destino discursar en la verdad, según lo descubro, de tal manera que toda posible autoridad sea simultáneamente destruida. Quedando sin autoridad, sin la más mínima credibilidad a los ojos de los hombres, digo la verdad y así los coloco en la contradicción, de la que sólo pueden liberarse si se apropian de la verdad por sí mismos. Sólo madura la personalidad de *aquél* que se apropia de la verdad, da igual que hable la burra de Balaán, un gracioso burlón, un apóstol o un ángel» (SKS 18, JJ:97)<sup>8</sup>. Y añado: o Kierkegaard mismo.

## 2. La contradicción de realizar una tarea irrealizable

En la introducción de *El punto de vista* el autor hace unas declaraciones que ya apuntan a una contradicción o, cuando menos, a la sospecha de que estas declaraciones actúen como tal. Por una parte el autor nos dice que, habiendo «un tiempo para callar y un tiempo para hablar», ha alcanzado un punto en su actividad como escritor en el que: «se puede y se tiene deseo de aquello que ahora considero por tanto mi *deber. explicar*, de una vez por todas y lo más directo, abierto y preciso posible, qué es qué, es decir, lo que yo mismo confieso ser como escritor» (SV1 XIII, 517)<sup>9</sup>. Mientras que por la otra parte añade: «(...) hay algo en mi y en la naturaleza dialéctica de mi condición que hace *imposible para mí, e imposible en sí mismo*, llevar a término una defensa de mi actividad como escritor» (SV1 XIII, 518). «(...) No es preciso decir que *no puedo presentar la explicación* de mi actividad como escritor en toda su integridad, es decir, con la interioridad puramente personal en la cual poseo su explicación. Y esto en parte es debido a que *no puedo hacer pública* mi relación con Dios, pues es ni más ni menos que la normal interioridad humana que cada persona puede tener (...)» (SV1 XIII, 520).

*El punto de vista* es un texto que rompe el gran silencio que mantenía Kierkegaard respecto de su obra a fin de explicar lo que el autor significa como escritor. No obstante, la explicación de lo que Kierkegaard es como escritor resulta ser al mismo tiempo el misterio que no puede revelarse. Así pues, aun tratándose de una comunicación directa y un relato para la historia, la explicación de lo que Kierkegaard sea como escritor sigue siendo un secreto que el autor no puede descubrir y que solamente podrá compartir el lector que, como «aquel individuo [hiin Enkelte]», tenga la «seriedad» e «interioridad» necesarias para poderle «hablar en silencio» (SV1 XIII, 527-28). Siendo así, cabe preguntarse: ¿De qué hablará *El punto de vista* una vez sabido que lo que quiere decir el autor con la obra no puede ser dicho?

En la primera parte del texto el autor trata de probar la duplicidad estético-religiosa que atraviesa toda su obra: «Los *Dos Discursos Edificantes* y el pequeño artículo se corresponden el uno al otro inversamente y *prueban* inversamente que la duplicidad se encuentra tanto al principio como al final» (SV1 XIII, 522). Con la voluntad de hacer aquello que precisamente en la introducción había negado que haría por su imposibilidad, a saber, una «apología» de su actividad como escritor (cf. SV1 XIII, 518), el autor hace todo lo posible por construir(se) una unidad en la producción que demuestre la simetría entre obras estéticas (seudónimas) y religiosas. De esto

se desprende una división de la totalidad de su obra que, a parte de ser inconsistente<sup>10</sup>, no se aviene con el total de su producción.<sup>11</sup> Parece pues que sólo mediante una reducción de la obra sea posible establecer su unidad, cosa que evidencia la ficticia unidad de la obra.

La duplicidad ha sido presentada, pero se le pide al lector «que tenga siempre *in mente* que el pensamiento que hay tras la totalidad de la actividad como escritor es: «hacerse cristiano [*at blive Christen*]» (SVI XIII, 529n.). Puestos a pedir, si la producción estética y religiosa es tan paralela (por cada obra estética, una obra religiosa, y *vice versa*), ¿a qué se debe que la «perfecta simetría» se decante por una de sus partes? ¿De dónde proviene el privilegio que acaba adquiriendo lo religioso? Parece evidente que este privilegio no proviene tanto de la obra como de la declarada intención del autor, a quien, consciente de esta flaqueza, le falta tiempo para ponerse a buen recaudo diciéndonos que «de bien poco sirve *qua* escritor lo que *qua* hombre asegure haber pretendido» (SVI XIII, 524). Y es que para que una obra sea religiosa no basta con asumir que su autor lo es, pues una cosa es la intención del autor en su obra y otra bien distinta el cumplimiento de esta intención por parte de la misma (obra). Es necesario, por tanto, diferenciar entre lo que el autor se propone hacer con la obra y lo que la obra hace por sí misma. Es por esta razón que del hecho de que Kierkegaard sea un autor religioso no se sigue, ciertamente, que su «obra como escritor» también lo sea, ya que esto dependerá más de la obra que del autor. Por este motivo, decir que la obra es religiosa en base a que su autor lo es, es caer en la falacia intencionalista y no distinguir la obra de las declaradas intenciones de su autor, las cuales, por su parte, «sirven de bien poco» cuando lo que está en cuestión es justamente la religiosidad de la obra *qua* texto, y no la del autor.

Haciendo ostentación de la distinción que pocas páginas antes parecía no tener en cuenta, el autor se inclina a dar una visión objetiva de sus propias obras: «Si, en calidad de tercera persona, como lector, no puedo acreditar a partir de los escritos que lo que yo afirmo es así y que no podría ser de otra manera, no se me ocurriría nunca desear ganar una causa que considero como perdida» (SVI XIII, 524). Sin embargo, el autor acaba esta primera parte haciendo lo que de tan poco le servía como escritor: una directa «protesta [*Forsikkring*]» (cf. SVI XIII, 524) de que es y ha sido un autor religioso: « (...) *O lo uno o lo otro* fue, en el sentido estricto de la palabra, escrito en un monasterio, y *yo puedo asegurar* [*forsikkre*] (...) que el autor de *O lo uno o lo otro* dedicaba un tiempo determinado cada día, con regularidad y escrupulosidad monásticas, a leer escritos edificantes, y que con temor y mucho temblor reflexionaba sobre su responsabilidad» (SVI XIII, 526)<sup>12</sup>.

Desde un punto de vista textual, lo que pueda haber hecho o dejado de hacer el autor durante la producción resulta absolutamente arbitrario para la obra. El autor es plenamente consciente de ello, ya que ha sido él mismo el que ha informado de la inutilidad del acto. Con todo, no se abstiene de hacérselo saber. Así pues, y a pesar de todo lo que se diga para su clarificación, la duplicación estético-religiosa seguirá vigente, y todo intento de superarla tendrá la efectividad de una mera «protesta», o sea, no solamente ningún efecto, sino, a la vez, su efecto contrario: prueba fehaciente de que, en realidad, la supuesta «religiosidad» del escritor no es tal. Más adelante, el propio autor parece obsequiarnos con las precisas palabras: «un comunicador de lo religioso puede estar muy ansioso de que se le considere religioso. Si éste es el caso, demuestra claramente que el comunicador en cuestión no es un carácter auténticamente religioso» (SVI XIII, 537).

En el primer capítulo de la segunda parte, Kierkegaard parece dar la explicación ya antes anunciada: «la explicación de que el autor es y ha sido un escritor religioso» *qua* lector, es decir, una «visión objetiva» de sus obras (SVI XIII, 524). No obstante, el privilegio que adquiere lo religioso en detrimento de lo estético se argumenta, de nuevo, a partir de la intención del autor y no a partir de la misma obra: el carácter estético de las obras es «el incógnito y el engaño al servicio del Cristianismo» (SVI XIII, 518). «Si es una ilusión el que todos son cristianos, y si hay que hacer algo al respecto, es preciso hacerlo indirectamente, no por uno que proclame a voces ser un extraordinario cristiano, sino por uno que, mejor informado, declare no ser ni siquiera cristiano» (SVI XIII, 531). «Por lo tanto, el escritor religioso, antes que nada, tiene que ponerse en contacto con los hombres. Es decir, tiene que empezar con una tarea estética» (SVI XIII, 532). De manera análoga a como Sócrates – quien sólo sabía que no sabía nada – conducía a sus discípulos hacia la actitud de disponibilidad para recibir el saber, el autor – haciendo ver que es un escritor estético (y por lo tanto no religioso) – dispone a la Cristiandad [*Christenhed*] a descubrir de nuevo el Cristianismo [*Christendom*]. Sócrates utilizaba un método negativo: la ironía, para vaciar y liberar al discípulo de todo pseudo-saber que obstruyese su disposición a saber. De manera similar, el autor religioso utiliza un método negativo: el «engaño» (cf. SVI XIII, 540-542), para liberar la Cristiandad de la ilusión que obstruye la auténtica vida cristiana. El engaño, empero, requiere más que una mayéutica socrática. Y esto es precisamente lo que nos explica y nos justifica el autor en el capítulo segundo de esta segunda parte, en donde se habla del peculiar *modus vivendi* que ha ejercido en relación a la producción estética y religiosa. ¿Se trata ahora, una vez construida la unidad en su

producción, de producirse a él mismo en relación a ésta? ¿Se trata ahora de producir una ficción autobiográfica que armonice con la ficción de la unidad de la producción?

En este capítulo el autor explica, detalladamente, las estrategias empleadas como soporte existencial de su producción: «(...) estoy convencido de que raramente autor alguno haya empleado tanta astucia, intriga e ingeniosidad para ganar honor y reputación en el mundo a fin de engañarlo, como yo he empleado para engañarlo inversamente en beneficio de la verdad» (SV1 XIII, 547). Así y todo, en el transcurso del relato, el autor tiene la voluntad de dar pruebas de su veracidad: «(...) el suspicaz puede no creer en mi palabra, puesto que el libro de cuentas de Luno *puede demostrarlo*» (SV1 XIII, 549), tal y como páginas antes el nombre de Giodwad (corrector de pruebas de *O lo uno o lo otro*) era usado para dar validez a la anécdota del teatro (cf. SV1 XIII, 547). Incluso los sufrimientos del autor se nos ofrecen como evidencia de su veracidad: Lo que digo es verdad y *«lo demuestro* por el hecho de que soy perseguido; ésta es la verdad y *puedo probarlo* por el hecho de que soy burlado» (SV1 XIII, 553-554)<sup>13</sup>. Pero este «silogismo milagroso» (*Ibidem*) no prueba nada. El «Magister de la ironía» (SV1 XIII, 552) debería saber que no todo el que es perseguido es, por ello, un mártir y un testigo de la verdad. Tampoco los nombres personales citados son prueba de nada. Son, en todo caso, prueba de que no hay pruebas. Es decir, prueba de que la narración es ficticia, una construcción que construye el mismo narrador haciendo uso de los recursos personales e históricos. ¿Para qué? para darle justamente lo que no tiene; esto es, sentido.

Finalmente, en el tercer capítulo, Kierkegaard hace lo contrario de lo que había hecho en el segundo, es decir, no explicar la obra a partir de su autor (existencia), sino el autor a partir de su obra (escritura). Dicho de otra forma, confiesa, ya sin ironías, que él no ha escrito la obra, sino que, más bien, se ha escrito en ella; si bien al escribirse haya acabado escribiéndola: «Así pues, toda mi actividad como escritor va encaminada hacia el problema de hacerse cristiano en la Cristiandad; y ésta es la expresión de la parte que la Providencia tuvo en la actividad literaria: que es el propio escritor el que ha sido educado, a pesar de ser consciente desde el primer momento» (SV1 XIII, 575).

El escritor, por tanto, no era alguien que tuviese un plan previamente estudiado que después llevaba a cabo en sus obras, sino, al contrario, alguien que obedecía al plan de otro y que, en su obediencia, lo hacía realidad: «En la producción no ha habido nunca el menor retraso y lo que se necesitaba siempre estaba a mano, justo en el instante de necesitarlo. Toda la produc-



ción ha tenido, en cierto sentido, un curso ininterrumpido, como si no hubiese hecho otra cosa que copiar diariamente una parte determinada de un libro impreso» (SVI XIII, 561). De esta manera *El punto de vista*, texto que se presentaba como el »meta-texto« que daría razón de toda la producción, se descubre, ahora, como copia de un texto preexistente; nutriéndose él mismo de un »pre-texto«.

El autor parece darse cuenta del límite de su supuesta independencia y autoridad como escritor, puesto que no ha sido él quien ha estado dirigiendo la escritura sino, más bien, la escritura la que lo ha dirigido a él; dirección que se interpreta aquí religiosamente como »Providencia [*Styrelse*]«. Kierkegaard ha sido dirigido por el texto, hasta el punto de ser escrito en el proceso mismo de la producción. De tal manera que, cuando el autor echa un vistazo sobre la totalidad de su obra, no se siente identificado y se encuentra con la misma tarea de apropiación con la que cualquier lector se encontraría. »(...) en verdad, he de decir que no puedo entender el conjunto [de la obra], justamente porque puedo entender el conjunto hasta al más mínimo detalle; pero lo que no puedo entender es que ahora pueda entenderlo; y, sin embargo, no me atrevería a decir de ninguna manera que en el instante de comenzar lo entendiase con tanta precisión, aunque he sido yo quien lo ha hecho y quien ha llevado a cabo cada paso mediante la reflexión» (SVI XIII, 561-562).

Todo parece apuntar que el sentido religioso de ambos, escritor y obra, no es un sentido dado de antemano sino, más bien, un sentido que se da en el seno de la misma narración. Por este motivo, el autor nos confiesa que el sentido es aquello que se le escapa y que sólo puede apropiárselo a través de la simultánea narración y lectura de sí mismo. Lo que Kierkegaard es como escritor es una verdad que el autor no puede comunicar directamente, pues no se trata de un saber que posea y por ello tenga que transmitir, sino, más bien, de una posibilidad que repetidamente se tiene que apropiarse y realizar en el seno de la misma narración. La autoridad del autor que declaraba ser un escritor religioso queda así totalmente desautorizada, pues necesita de la obra para configurarse como tal. Es solamente en la acción de la obra y en virtud de ella que el autor puede constituirse como escritor religioso. De tal manera, es la obra – y no el autor – la que da al escritor la cualidad de ser religioso.

Del mismo modo, y siguiendo a Joakim Garff<sup>14</sup>, el autor de *El punto de vista* se ha inscrito en un dilema de difícil solución: Por una parte, si Kierkegaard se instala en la posición de un tercero para poder dar una visión objetiva de su producción, entonces se ve obligado a renunciar al derecho

que tiene el autor de determinar el significado de la totalidad de sus obras y, por lo tanto, *el punto de vista* del autor pierde su singular *status* y se convierte en *uno* entre muchos y puntos de vista a debatir. Por otra parte, si Kierkegaard insiste en ser el mejor cualificado intérprete de su producción basándose en el hecho indiscutible de que él es, a pesar de todo, el autor, entonces tiene que renunciar a la parte que la Providencia tiene en su actividad literaria (*SVI XIII*, 556-575) y defenderse *qua* escritor, cosa que es, con sus propias palabras, «una mentira, la cual, aunque me ayudara a ganar, de manera absurda, todo el mundo, sería para la eternidad mi perdición» (*SVI XIII*, 518-519).

### 3. El Punto de vista o un punto de vista

Uno puede estar tentado a pensar que  
incluso aquello que fue firmado  
bajo el nombre de Søren Kierkegaard no  
sea la última palabra, sino tan sólo  
*un punto de vista*.  
Peter Christian Kierkegaard<sup>15</sup>

Creo que el tema fundamental de *El punto de vista* no es tanto la cuestión de si Kierkegaard es o no el autor como la cuestión de si en la producción kierkegaardiana puede haber algo que se pueda llamar «autor», o aún más, la cuestión de si en la producción kierkegaardiana existe una relación de autoría y cómo ésta se establece. Si definimos «autor» como la causa de un texto y el propietario exclusivo de su sentido, entonces Kierkegaard dice la última palabra sobre su actividad como escritor y *El punto de vista* deviene *el punto de vista*, el único que hay y que puede haber. ¿Pero no es justamente esta definición la que *El punto de vista qua* texto descalifica?

En el apartado anterior he intentado señalar que, a pesar del punto de vista autoritario de *El punto de vista*, el autor no cesaba de desautorizarse *qua* autor, hasta el punto de otorgar la absoluta autoridad de su producción a la Providencia. También he intentado hacer ver que, como lectores de *El punto de vista*, hemos sido, en muchos momentos, el hazmerreír de la más aguda ironía kierkegaardiana. Víctimas de una estrategia más que, para colmo, se ocultaba detrás del más sutil de los disfraces: el de directo y sincero confesor de estrategias. El autor de *El punto de vista* confesaba que la seudonimia no había sido más que una estrategia para destruir la ilusión de la Cristianidad. Con este fin, el autor que era religioso descendía al nivel estético de su

público para atraer su atención y, una vez conseguida ésta, mostrarle la auténtica verdad del Cristianismo. Una comunicación directa sólo habría provocado rechazo y, de rebote, el refuerzo de la ilusión que se pretendía eliminar. Por este motivo necesitaba colocar a su público en una situación contradictoria de la que no pudiese librarse a no ser que decidiese apropiarse, por sí mismo, de la verdad.

A juzgar por esta confesión, parece inevitable sospechar que la contradicción a la que estamos expuestos en *El punto de vista* es de la misma índole: un autor que, aparentando tener la autoridad de comunicarnos directamente qué significa como escritor, y habiendo atraído nuestra atención con el encantamiento de tal comunicación, aprovecha la ocasión para desautorizarse. En *El punto de vista* se afirma que es imposible «obligar a una persona a aceptar una opinión, una convicción, una creencia», pero que sí que es posible «obligarla a darse cuenta de ella» y al «obligarla, conseguir así también el propósito de obligarla a juzgar» (SV1 XIII, 538). Pues bien, creo que es justamente esto lo que Kierkegaard hace con *El punto de vista*: obligarnos a juzgar su obra por nosotros mismos. ¿Pero cuál es, esta vez, la ilusión que hay que destruir y que implica que Kierkegaard emplee el método indirecto del engaño en la verdad? ¿Cuál es, esta vez, la ilusión que hay que destruir para obligarnos a detenernos y juzgar? Pues ni más ni menos que la ilusión de pensar que Kierkegaard, *in propria persona*, desvelaría todos los secretos de su producción. Ni más ni menos que la ilusión de pensar que *El punto de vista* es la nota secreta que definitivamente abre paso al paraíso kierkegaardiano.

Ya Kierkegaard advierte acerca de la necedad de semejante ilusión en un fragmento de sus diarios: «Después de mi muerte, nadie encontrará en mis papeles (éste es mi consuelo) una sola aclaración de aquello que *realmente* ha llenado mi vida. Nadie encontrará *ese* texto en mi más profundo interior que lo explica todo y que, a menudo, convierte en acontecimientos de suma importancia aquello que el mundo llamaría bagatelas y que yo mismo considero simples minucias si prescindo de la nota secreta que es la clave de todo» (SKS 18, JJ:95).

Así y todo, no hemos hecho caso de su advertencia y ha sido necesario que fuese el mismo Kierkegaard quien, mediante *El punto de vista*, nos hiciese entrar en razón: Kierkegaard, posicionándose como autor – es decir, asumiendo el rol que nuestra misma ilusión proyectaba en la obra – aprovecha la oportunidad para desautorizarse *qua* autor a través de la contradicción performativa de realizar una empresa que es, por definición, irrealizable, a saber, la de dar un sentido objetivo y absoluto de su obra y de él mismo como escritor. De esta manera, lo que Kierkegaard hace en la obra es pre-

cisamente reflejar la ilusión de que pensemos que *El punto de vista* es »ese texto que lo explica todo« y una vez nos tiene bien amarrados en ella, destruirla al mostrarnos que nadie puede erigirse como propietario del sentido, puesto que sólo se puede ser mero arrendatario. Análogamente al poder que el hombre ejerce ante la creación, a saber, no de absoluto dominio, sino de acogida y responsabilidad, Kierkegaard como escritor se hace sólo responsable de su producción, no siendo, en ningún momento, el único creador. De esto se sigue que *El punto de vista*, *qua* texto, no actúe como la perspectiva trascendente que unifica el canon kierkegaardiano, sino sólo como una perspectiva más; una voz más en la gran sinfonía kierkegardiana.

Así pues, el hermano de Kierkegaard tenía razón: Søren Kierkegaard es un seudónimo más de la gran producción. Y quizás todos los seudónimos no dejen de ser nada más que seudónimos de Dios, en la medida en que sólo El puede erigirse como el autor absoluto<sup>16</sup>. En este sentido, la palabra que tenemos del autor, a saber, que éste »es y siempre ha sido un escritor religioso«, no tiene el carácter de »última palabra« sobre la producción, sino el de una palabra más ante la cual también habrá que pronunciarse. Parece ser el lector, pues, el único con la capacidad de decidir sobre la autenticidad de la palabra del autor, puesto que es él el único con la capacidad de comprenderla y apropiársela. Por consiguiente, diga lo que diga el autor, la explicación de que él es un escritor religioso no se hará patente hasta que su lector la presencie, y presenciándola, la realice. Kierkegaard no puede imponer la religiosidad de su obra, pero sí proponerla con el fin de que sea el lector quien, libremente, decida o no compartirla. De esta manera, el lector se hará consciente de ser un sujeto activo con la exigencia de dar un sentido a la obra, y no meramente un sujeto pasivo con la obligación de acoger un sentido ya dado.<sup>17</sup>

Creo que este marco de libertad – desde el cual autor y lector se ven llamados a apropiarse del sentido de la obra – es un claro paralelo literario del marco de libertad que presenta la dialéctica existencial kierkegardiana. En ella, la existencia tampoco es un hecho acabado que pueda explicarse de manera objetiva y definitiva, sino, más bien, una posibilidad abierta a la constante realización. De ahí que en *El punto de vista* Kierkegaard proponga una vez más – aunque ahora el objeto de estudio sea su misma obra – una concepción dialéctica de la realidad en detrimento de una metafísica, cosa que hace que el significado religioso determinado en *El punto de vista* para el resto de la producción sea visto como una posibilidad a realizar en el seno de una comprensión, más que una necesidad a asumir en el seno de una catequesis. Es evidente que el autor de *El punto de vista* nos pone en el

medio de un radical *enten-eller* (O lo uno o lo otro): O adoptamos una actitud metafísica y traicionamos a Kierkegaard concibiendo la determinación del sentido religioso de la obra como aquello que se nos da en el texto (donación), o sea, como una comunicación absoluta del sentido que obra y escritor ya tienen de por sí; o adoptamos una actitud dialéctica y somos fieles a Kierkegaard concibiendo la determinación del sentido religioso de la obra como aquello que se da en el texto (tarea), o sea, como el acto mismo que obra y escritor tienen para darse justamente lo que no tienen de por sí: sentido. Con esto último no quiero decir que la obra sea un sinsentido absoluto. Es más, decir que es un sinsentido absoluto sería nuevamente caer en la concepción metafísica de un sentido previamente establecido, aunque en este caso sea negado. Lo que se nos muestra, por tanto, es que, al igual que la existencia, el sentido religioso de la obra kierkegaardiana no es algo ya hecho y previo, sea en positivo o en negativo, sino más bien aquello por hacer, una tarea que ambos, autor y lector, se ven forzados a realizar.

#### 4. Conclusión

Después de todo, quizás sea cierto que *El punto de vista* puede verse como una clave de lectura kierkegaardiana, pero no porque se nos revele lo que Kierkegaard quería decir como escritor, sino porque se nos revela cómo hay que leerlo.

*El punto de vista* es un texto que lleva al lector a la disposición de comprender, más que a la comprensión. Un texto cuya clave no abre la puerta a un paraíso kierkegaardiano ya hecho y puesto en bandeja por el mismo autor para su admiración; sino, al contrario, a un paraíso por hacerse y que exige de nuestro esfuerzo para ser realizado. De esto se desprende que Kierkegaard como escritor no escribe para ser admirado, no para su glorificación, sino más bien para la glorificación del lector. Por esta razón, como Sócrates, se hace ausente en la obra, ocasión del sentido y no causa del mismo.<sup>18</sup>

La grandeza de Sócrates consistía en negarse a ser una autoridad y dejar libre al discípulo para hacerlo consciente de la verdad. Como escritor, Kierkegaard, sigue el mismo dinamismo socrático y, por ello, se oculta constantemente tras los seudónimos, como aquel «autor implícito no representado» que deja libre el espacio de comprensión del sentido con el propósito de que éste surja en libertad y sea apropiado por sus propios lectores. El sentido está presente en sus obras, pero siempre oculto en su totalidad y es sólo transparente de manera fragmentaria. De esta manera el sentido puede permanecer intacto y siempre inaccesible a cualquier pretensión de convertir-

lo en aquello que no es: una objetivación. Podríamos decir que en Kierkegaard el autor es alguien que a un tiempo vela y revela el sentido de su obra. De ahí la analogía con Jesús: »Tomemos el ejemplo más elevado: toda la vida de Cristo en la tierra no habría sido más que un juego si él hubiera estado aquí de incógnito, hasta el extremo de que pasara completamente inadvertido por la vida; y sin embargo, en verdad, Cristo estuvo de incógnito« (SVI XIII, 525). La revelación bíblica, así como la de Kierkegaard como escritor, no es una *a-letheia*. Aquello que se revela no es lo que estaba oculto y ahora se descubre (re-vela), perdiendo, en consecuencia, su carácter oculto. Más bien aquello que se revela es aquello que, al devenir, se manifiesta y se oculta simultáneamente. Por ello, lo que se revela es también aquello que se reserva, no tanto porque el aspecto manifiesto nos remita a un aspecto oculto, sino porque ninguna de las manifestaciones por las cuales adquiere realidad es suficiente para traducir el acto interior que está en su origen. Este escapa a todo intento de posesión, porque aquello que se manifiesta no agota su verdadero ser. De la misma manera, y volviendo a la analogía, incluso Cristo que es plenitud de la revelación, en tanto que quien lo ha visto a El ha visto al Padre (Jn 14, 9), no manifiesta de manera absoluta a Dios, sino que al mismo tiempo vela y revela. En cierta manera, en Jesús, Dios sigue siendo un *Deus absconditus* (Isa 45, 15, según la Vulgata), un Dios oculto: »el Padre es más grande que yo« (Jn 14, 28). La obra Kierkegaardiana disfruta también de la misma *abscondeitas* de Dios, puesto que es, como Jesús (Dios-hombre), un signo de contradicción,<sup>19</sup> una perfecta duplicidad estético-religiosa (SVI XIII, 521-524), cuya respuesta no se encuentra en el autor y su escritura, sino, más bien, en la actitud existencial del lector.

Así, lejos de ser discordante, *El punto de vista* en su carácter textual se presenta como el último esfuerzo kierkegaardiano para mantenerse fiel al carácter dialéctico e indirecto de toda su producción, ya que si bien la obra dice ser »ese texto que lo explica todo«, al mismo tiempo hace imposible, o mejor dicho, hace hacer imposible una explicación de este tipo.

Decir o no decir, hablar o callar: todo parece ser lo mismo<sup>20</sup>, porque tanto el efecto de hablar como el de permanecer en silencio llevan al autor hacia un mismo sitio, hacia el fracaso de explicarnos que »ha sido y es un escritor religioso« (SVI XIII, 517). De ahí que el tiempo de hablar en el cual se inserta la obra resulte ser nuevamente un tiempo de silencio. A pesar de que, en *El punto de vista*, Kierkegaard rompe el silencio que durante años había mantenido como escritor, su locuacidad no hace nada más que mostrarse impotente y, por lo tanto, acaba haciéndolo más silencioso que nunca. Lejos de permanecer callado, hace audible su silencio.

## NOTAS

1. En el original danés: *Synspunktet for min Forfatter-Virksomhed*. En la traducción al castellano de esta obra, el traductor, José María Velloso, traduce «Synspunktet» como *Mi punto de vista*. «Synspunktet» es la forma determinada del sustantivo «Synspunkt». Su correcta traducción al castellano es *el punto de vista*, no existiendo ningún tipo de relación con posesivo alguno. Es por ello que, lejos de denotar posesión, el empleo de la forma determinada nos indica que se trata de *el* punto de vista y no de *un* punto de vista y, mucho menos, de *mi* punto de vista. Es evidente, pues, que no se trata aquí de un problema de traducción si no de una auténtica negligencia.

A excepción de las últimas nuevas traducciones (Editorial Trotta), desafortunadamente, no es ninguna novedad encontrar esta falta de rigor y aplicación en los títulos y las obras de Kierkegaard en español; no sólo existen títulos mal traducidos sino también títulos inventados para ayudar a crear recopilaciones inexistentes. Como veremos este, a la vista, minucioso detalle del artículo del punto de vista es de suma importancia para la interpretación de este trabajo y es desde él desde donde se configura el nudo de la cuestión.

2. *Søren Kierkegaards Samlede Værker*, 1ª edición, A.B. Drachmann, J.L. Heiberg, y H. O. Lange (eds.), vols. I-XIV, Gyldendal, Copenhague, 1901-1906 (de aquí en adelante citado como SVI, volumen y número de página). Las traducciones son mías.
3. Véase Henning Fenger, *Kierkegaard, The Myths and their Origins, Studies in the Kierkegaardian Papers and Letters*, New Haven, London, Yale University Press, 1980; y Christopher Norris, «Fictions of Authority: Narrative and Viewpoint in Kierkegaard's Writings» en *The Deconstructive Turn: Essays in the Rethoric of Philosophy*, ed. Methuen y Co. Ltd, Londres y Nueva York, 1984. Págs. 85-106. Autores que, salvando las diferencias, también ponen bajo sospecha la relación directa que se establece entre Søren Kierkegaard y las obras firmadas con su propio nombre.
4. El propio Kierkegaard lo hace manifiesto líneas más abajo de la cita anterior: «Una sola palabra mía, personal, en mi propio nombre, implicaría un presuntuoso olvido de mí mismo que, visto dialécticamente, merecería esencialmente la aniquilación de los seudónimos con esta sola palabra» (SVI/VII, 546).
5. *Søren Kierkegaard Papirer*, P.A. Heiberg, V.Kuhr y E. Torsting (eds.), vols. I-XI, segunda edición de N. Thulstrup, vols. I-XVI, Gyldendal, Copenhague, 1968-1978 [1909-1948] (citado como Pap., volumen, sección y número de entrada). Las traducciones son mías.
6. Véase Joakim Garff, «The Eyes of Argus: The point of view and Points of view on Kierkegaard's Work as an Author» en *Kierkegaard: a Critical Reader*, Jonathan Rée y Jane Chamberlain, eds., Blackwell Publishers, Oxford, 1998, págs. 75-102. Artículo donde se discute el privilegio de autoridad que tiene *El punto de vista* respecto de otras declaraciones de Kierkegaard sobre su obra. Cabe destacar que este texto de Garff ha sido, en muchos momentos, fuente de inspiración de este trabajo, no sólo porque sigue un método de lectura semejante al mío, sino también porque toma a Kierkegaard como el único y el más fiable intérprete de sus propias declaraciones. Así mismo, véase también la crítica que Silvia Walsh hace a Garff en «Reading Kierkegaard with Kierkegaard Against Garff», *Søren Kierkegaard Newsletter*, num. 38, 1999, págs 4-8.
7. Por lo que a las reseñas de la época se refiere, cabe destacar la de Rudelbach y la de Bloch, quienes describen *El punto de vista* como la obra que da de una vez por todas «la llave» para entender a Kierkegaard y su producción. En palabras de Rudelbach: «*El punto de vista* es la llave vital de la obra kierkegaardiana y de su coherencia interna, es lo que puede denominarse su dedicación y su plan (...)».

Por su parte, Bloch afirma que «aquello que es interesante a los ojos del mundo, lo interesante, se pierde a través de esta *comunicación directa*. El enigma se adivina, la parte del autor se revela a los ojos del mundo (...)». Howard V. Hong y Edna H. Hong (eds.), *The Point of View, Kierkegaard's Writings* XXII, Princeton University Press, Princeton, New Jersey, 1998, «Historical Introduction», págs. xx-xxii.

8. *Søren Kierkegaards Skrifter*, Niels Jørgen Cappelørn, Joakim Garff, Jette Knudsen, Johnny Kondrup, Alastair Mckinnon y Finn Hauberg Mortensen (eds.), 55 vols., Søren Kierkegaard Forskningscenteret y G.E.C. Editorial Gad, Copenhagen, 1997- (de aquí en adelante citado como SKS, volumen, sección y número de entrada). Las traducciones son mías.
9. El énfasis es mío, aquí y en las dos citas siguientes.
10. A fin de dar una división simétrica, la obra religiosa *Dieciocho discursos edificantes* se agrupa como estética, mientras que la obra estética «la crisis y una crisis en la vida de una actriz» se agrupa como religiosa.
11. Según J. Garff, ni el principio ni el final del conjunto de las obras dado por el autor tiene un verdadero origen. No es por olvido que obras de los inicios como la tesis doctoral *Sobre el concepto de Ironía* o bien el ensayo sobre Hans Christian Andersen *De los papeles de alguien todavía vivo* hayan sido silenciadas. Así mismo, las obras que cierran el conjunto no son las últimas, ya que después de éstas todavía hay otros escritos. Además, el hecho de que el autor omita una obra (crítica literaria) que páginas antes citaba a tenor de otra cuestión delata su voluntad de artificio (Cf. Op. cit., págs. 80-81). Sylvia Walsh objeta a Garff que Kierkegaard no reduce su obra y que mucho menos se muestra inconsistente respecto de ella: «(...) desde el principio, Kierkegaard ha considerado la autoría propiamente dicha teniendo su punto de partida en *O lo uno o lo otro*» (Op. cit., pág. 5). Sea como sea, el autor está aquí dando sentido a su producción y, de una manera u otra, configurando un conjunto literario que no existe de por sí.
12. El énfasis es mío.
13. El énfasis es mío aquí y en la anterior cita.
14. Op. cit., pág. 97.
15. Kirmmse, Bruce, *Encounters with Kierkegaard, A life as Seen by His Contemporaries*, Princeton University Press, 1996. Cap. 9: «Søren Kierkegaard and family», pág. 149.
16. Algo muy similar nos sugiere Miguel de Unamuno cuando, a tenor de uno de sus personajes, escribe: «¡Es que Augusto Pérez eres tú mismo!...» —se me dirá—. ¡Pero no! Una cosa es que todos mis personajes novelescos, que todos los agonistas que he creado los haya sacado de mi alma, de mi realidad íntima —que es todo un pueblo— y otra cosa es que sean yo mismo. Porque ¿quién soy yo mismo? ¿Quién es el que se firma Miguel de Unamuno? Pues... uno de mis personajes, una de mis criaturas, uno de mis agonistas. Y ese yo último e íntimo y supremo, ese yo trascendente —o inmanente— ¿quién es? Dios lo sabe... Acaso Dios mismo» (Miguel de Unamuno, *Tres novelas ejemplares y un prólogo, Obras completas*, Vergara, Barcelona, 1958, vol. IX, págs. 419-420).
17. Véase *Pap. VIII 2 B 81* (7), donde Kierkegaard afirma que el «receptor [*Modtager*]» de la comunicación es un término activo y no pasivo.
18. Véanse los capítulos I-II de las *Migajas filosóficas*, donde Climacus afirma que aquello que valora de Sócrates como maestro es precisamente su ocultación, su desaparición ante la verdad, cuyo descubrimiento únicamente «ocasiona» en el discípulo. También cabe mencionar aquí la interpretación que Jamie Lorentzen hace de la caricatura de *Corsaren* (publicación del 6 de marzo de 1846, n. 295, col. 8-11), ya que está en plena consonancia con la mencionada actitud que Kierkegaard adopta como autor. Lejos de interpretar la caricatura como un grosero retrato de un artista egocéntrico,



Lorentzen ve en ella el retrato de un artista no autoritario que, representado por medio de una simple y oscura silueta casi inapreciable entre las complejas formas mundanas, tan sólo ambiciona el »despertar« de su lector. Lorentzen escribe: »Kierkegaard hace grandes esfuerzos por volverse como una silueta a lo largo de sus obras seudónimas y firmadas, por no ser más sólido que la nube sobre la cual se asienta en la caricatura; busca dejar a los lectores solos como agentes éticamente libres e independientes a fin de que lean y luego juzguen por sí mismos la veracidad o falsedad de sus textos« (Cf. *Kierkegaard's Metaphors*, Mercer University Press, Georgia, EE.UU., 2001, pág. 1-5).

19. Véase *Ejercitación en el Cristianismo: SV1 XII*, 116-119.
20. El propio autor hace eco de esta problemática cuando en *El punto de vista* dice: »haz o no hagas; calla o habla; ambas cosas son igualmente fútiles« (*SV1 XIII*, 573). Véase también *O lo uno o lo otro: SV1 I*, 22-23.